

“SEMÁNTICA ESPAÑOLA”, de *Roberto Vilches Acuña*. Editorial Kapelusz, Buenos Aires.

Hace medio siglo se publicó en Francia un libro de Arsene Darmésteter, con el título “La Vida de las Palabras”. Era un estudio de Semántica, si bien concebido de una manera anecdótica. El autor había seleccionado una serie de palabras de gran circulación, anotando sus curiosos avatares, poniendo el énfasis en las mutaciones de significado que experimentan algunos vocablos. Gracias a esta obra, el lector acucioso podía seguir la fortuna y adversidad de términos lingüísticos, todos ellos dotados de vida, dispuestos a un morir inexorable cuando la idea en que reposaban dejaba de hablar a nuestro espíritu.

Pero la obra de Roberto Vilches Acuña tiene otra base y una finalidad bien distinta. Es un trabajo de erudito, de profesor versado en las disciplinas clásicas, conocedor del recóndito mecanismo de las lenguas latina y griega. De ahí que sus anotaciones enfilen rumbos concretos, de solvencia etimológica y gramatical. Labor sólo posible cuando el saber lingüístico se halla respaldado por una cultura sabiamente matizada.

En esta obra de “Semántica Española” se estudian más de mil quinientas palabras. Siguiendo la trayectoria de ellas, adquirimos un convencimiento: “El lenguaje, como el hombre, nace y vive”.

Roberto Vilches ha viajado hasta los confines de nuestro idioma. Su investigación se ha ido deteniendo en los remansos más seductores, con un rigor cartesiano, para decirnos que las palabras se adaptan a plurales cambios para sobrevivir, para renacer con las galas de inesperadas significaciones.

El plan de la obra tiene un indudable sentido didáctico. El estudio semántico recorre diversas parcelas del pensamiento y de la cultura. Y así, se nos muestran secciones que estudian los nombres propios que han dado origen a nombres comunes, cambios peyorativos de significación, palabras relacionadas con las creencias y supersticiones, con la medicina, gobierno, política, familia y sociedad. Y un grupo

de excepciones, de palabras no clasificadas en los grupos ideológicos destacados.

El autor hace resaltar una de las más interesantes leyes semánticas, y dice que "si bien es cierto que todo cambio de significado se cumple según las leyes de asociación, no lo es menos que éstas no indican precisamente, las causas de las transferencias, sino sólo la dirección del proceso semántico fundado en la razón del mismo cambio del valor efectivo". Y agrega el autor, razón tuvo Bréal al expresar que el progreso de una lengua consiste en emanciparse sin violencia de sus orígenes, ya que no podríamos hablar si quisiéramos reducir todas las palabras al sentido exacto que tuvieron primitivamente.

Veamos la técnica expositiva de las evoluciones semánticas. Por ejemplo, en la palabra lavabo. Es una forma verbal que, por influencia de la iglesia ha llegado a tener la categoría de sustantivo.

Lavabo, en latín, quiere decir "lavaré". Poco tiempo después significó toalla con que el sacerdote se enjuga las manos. Y finalmente, este término corriente de sacristía se introdujo en el lenguaje habitual para denotar el mueble de tocador.

La historia de la palabra ombligo está expuesta con evidente gracia y seriedad semánticas. Procede de la voz latina que significa "medio o centro que sobresale del escudo". Ha llegado a tener la significación actual, por razón de situación, ya que el abdomen puede ser considerado como un escudo, no con un reborde central, sino con una depresión.

En otra oportunidad, el profesor Vilches subraya evoluciones típicamente anecdóticas. Tal, por ejemplo, las que se refieren a la prenda llamada corbata. Durante la Guerra de Treinta Años, llegaron a Francia muchos soldados croatas o crovates que usaban un adorno de seda alrededor del cuello. Los franceses le dieron el nombre de "croate", y más tarde el de "crovate". He ahí la historia lingüística.

Las citas de este libro podrían multiplicarse. Siempre se vería en ellas un rigor, una solvencia, el deseo de recordarnos que "la paja de las palabras no es el grano de las cosas".

Roberto Vilches ha realizado una labor de gran interés, imposible para quienes no se han bañado en los torrentes de las lenguas clásicas.

Muchos investigadores nos han dicho la dificultad que supone el buscar las causas de los movimientos semánticos, ya que son diversos los factores que en ellos intervienen. Sin embargo, Roberto Vilches subraya las razones fundamentales: "La propensión estilística, la exigencia del progreso científico, la ley de la inercia y el elemento afectivo".

El progreso científico y social obliga muchas veces a dar a un concepto la denominación del otro. Como es lógico, la palabra se viste de una original significación. Y a veces llega a desplazar de un modo absoluto al valor primigenio.

Ahora bien, el elemento afectivo parece ser el más importante, el que preside los cambios elementales y los más complejos. Muchos cambios de valoración se explican por las fluctuaciones del espíritu humano. Sin duda, la vida humana con toda su riqueza y variedad de circunstancias, determina el rumbo que deben seguir algunas palabras. Por esta razón los estudios semánticos, complejos por excelencia, tienen un gran valor formativo. Enredados entre las frondas de las palabras rebullen interesantes matices humanos, vibran los estilos de vida de algunas épocas cruciales en la historia del pensamiento.

La Semántica debiera constituir una de las partes fundamentales de una gramática sistemática y científica.

Los retóricos griegos y latinos ya habían intuído el valor de estos estudios, registraron los hechos concretos, pero no se detuvieron a fijar la razón de los cambios. He ahí la obra de los semánticos modernos.

Hasta hace pocos años, sólo existía en castellano la obra del jesuíta colombiano Félix Restrepo.

El profesor Roberto Vilches, a quien debemos un valioso "Tratado de raíces griegas y latinas" y un libro monumental sobre la "España de la Edad de Oro", inicia en Chile el estudio de una

disciplina esencial para el conocimiento de esa vida de las palabras, algo que está en la misma raíz del hombre, de sus anhelos y de sus concreaciones espirituales.— *Vicente Mengod.*



“EL PENSAMIENTO DE LASTARRIA”, por *Luis Oyarzún* (Editorial Jurídica de Chile, 1953)

El ensayismo hispanoamericano se ha robustecido extraordinariamente en los últimos años. Nuestro país no ha constituido una excepción en el fenómeno intelectual revelado por su desarrollo. Sin embargo, son escasos los estudios consagrados a José Victorino Lastarria en su doble aspecto de hombre de letras y pensador liberal. Con motivo del centenario del denominado movimiento literario de 1842 algo se hizo por reactualizar su discutida y egregia figura; pero se prefirió entonces rastrear en el significado de su mensaje precursor en un instante de promisoría inquietud creadora.

No es Lastarria de esos escritores que han penetrado hondamente en la psiquis colectiva de su pueblo. Ni se le ha utilizado en calidad de mito nacional, como ha sucedido en Cuba con José Martí, ni tiene el arraigo del pensamiento improvisador de Sarmiento o el dinamismo resentido de González Prada, que anticipó un diagnóstico de los males de su patria.

Ni siquiera poseemos una versión accesible de sus capitales producciones. Una edición oficial, hace tiempo agotada, y unos cuantos trabajos dispersos recopilados sin método, alejan sus mejores páginas de las mentes actuales.

A este infortunio habría que agregar la pobreza interpretativa respecto al ideario del autor de las *Lecciones de Política Positiva*. El estudio de Alejandro Fuenzalida Grandón es un manantial precioso de noticias a lo que habría que añadir la fina evocación de Augusto Orrego Luco y el reconstructivo esfuerzo de Sady Zañartu. En cambio, afuera de Chile, José Gaos y Leopoldo Zea, entre otros, han